

rer los batallones españoles que obstruían el camino, desembocaban en la llanura nuestras tropas, la artillería española vomitó sobre ella una descarga de metralla y de bala rasa horrible. El general Chabert mandó entonces que se colocasen al punto en batería las seis piezas de á cuatro que traía con su brigada; pero escasamente pudieron hacer algunos disparos, porque al momento fueron desmontadas é inutilizadas por la artillería enemiga. ¿De qué podían servir, en efecto, seis piezas de á cuatro contra mas de veinte y cuatro cañones bien servidos? A cosa de las ocho de la mañana, y cuando la brigada Chabert llevaba ya cuatro horas de combate, llegó el resto de nuestra artillería, la caballería, y la brigada suiza compuesta de los regimientos Preux y Reding. La brigada Pannetier, que era la que cerraba la marcha con los marinos de la guardia, recibió orden de ir á colocarse á retaguardia en las avenidas del puente de Rumbler, á fin de estorbar el paso á las tropas del general Castaños, si por casualidad venia con su ejército en persecucion de las nuestras, disposicion que fué una nueva desgracia, puesto que el único medio de salvacion estribaba en lanzar sobre un mismo punto todas las fuerzas, á fin de abrir un boquete en las filas enemigas sobre Bailen, y lograr incorporarse de este modo á las divisiones Vedel, y Dufour.

Pero sea como quiera, el combate se hizo mas vivo y mas general con la llegada de los refuerzos, y la brigada Chabert, la brigada suiza y la caballería desembocaron en la pequeña llanura de Bailen, esforzándose por ganar terreno. En vano habia intentado hasta entonces repetidas veces nues-

tra artillería hacer callar con sus piezas de á cuatro y de á ocho la formidable batería de cañones de á doce colocada en el centro de la línea española; á cada instante se veían desmontadas sus piezas, sin que hubiese logrado causar gran daño en la batería del enemigo. Lo único que pudo conseguir, fué lanzar unas cuantas balas dirigidas á las masas compactas de los insurgentes, con tal acierto, que barrián filas enteras. La brigada suiza de los regimientos de Preux y Reding, colocada en el centro, seguía portándose con valor y firmeza, á pesar de que le costaba gran trabajo el batirse contra los españoles, á cuyo servicio habia estado constantemente, y contra sus mismos compatriotas, de los cuales habia algunos batallones en las filas enemigas.

A esta sazón, y queriendo aprovecharse los españoles de su gran número para arrollarnos, trataron de trepar hácia una pequeña colina que se elevaba á nuestra derecha: notado, empero, este movimiento por el general Dupont, mandó contra ellos los dragones del general Pryvé, el batallón suizo francés Freuler, y otro de la cuarta legion de reserva. Estos dos batallones de infantería avanzaron con intrepidez de frente, mientras que el general Pryvé conducía al trote por su derecha los escuadrones de su mando, prescribiéndoles, al ver que los matorrales y los olivos les impedían marchar en correcta formacion, que se dispersaran en guerrilla, y que fuesen llegando como pudiesen, mientras que los batallones mencionados entretenían el fuego con los españoles. Hicieronlo así nuestros ginetes, y volviendo á formarse cuando llegaron á la cima de la colina, se precipitaron

acto continuo á galope sobre los insurgentes, y rompiendo sus filas, los obligaron á replegarse sobre su línea de batalla, despues de haberles cogido tres banderas.

Otra tentativa semejante á la que los escuadrones del general Pryvé lograron frustrar por nuestra derecha se repitió por la izquierda de nuestras tropas. El general Dupont, que se habia decidido, al fin, á conducir en línea el resto de sus tropas, esceptuando un batallon de la guardia de París, que habia quedado de observacion en el puente del Rumblar, opuso la brigada Pannetier á este nuevo movimiento de los españoles, y ordenó á los dragones, haciéndolos pasar de derecha á izquierda, que renovasen la maniobra que acababa de producir tan buen éxito.

Mientras que los tres batallones de la brigada Pannetier hacian frente á las tropas españolas que amenazaban nuestro flanco izquierdo, tiroteándose con ellas, el general Pryvé, volviendo á comenzar la misma operacion, condujo sus dragones en guerrilla á través de la maleza y de los olivares, y volviendo á formarlos cuando llegaron á la esplanada, los lanzó en seguida contra los españoles, que, rotos y deshechos, merced á choque tan rudo, se replegaron de nuevo sobre el cuerpo de batalla. La brigada suiza, entretanto, continuaba manteniéndose con la misma firmeza en medio de la llanura, mientras que el bizarro general Dupré, que con sus cazadores á caballo formaba tambien parte de la línea, ejecutaba brillantes cargas sobre el centro de los insurgentes, los cuales se replegaban, á cada ataque que se les dirigia, ora por el centro, ora por los flancos, bien acuchillados ó

bien á la bayoneta, sobre sus dos líneas inmóviles, que ofrecian en el centro del campo de batalla el aspecto de un muro de bronce impenetrable. Estas dos líneas, cuyo número de tropas era triple ó cuadruple que el de las nuestras, tenian apoyada la retaguardia por la ciudad de Bailen, protegidos los flancos por alturas pobladas de bosque, y defendido, en fin, su frente por una artillería formidable. Ante semejante espectáculo, el valor de nuestros soldados empezó á desfallecer. Eran ya las diez de la mañana, y hacia un calor insufrible: hombres y caballos respiraban con dificultad, y sobre aquel campo de batalla devorado por el sol, no se hallaba ni una gota de agua, ni siquiera un árbol que diese sombra para que pudiesen refrigerarse en los cortos intervalos de una horrible lucha.

Pero ¿qué habia sido en aquellos momentos del general Vedel, que tanta prisa se habia dado en los dos días anteriores á trasladarse de un punto á otro, que se habia presentado en el campo francés cuando ninguna falta hacia, y que no acertaba á llegar cuando su presencia era necesaria? Esperábasele, sin embargo, de un instante á otro, en la confianza de que su tardanza no seria grande, puesto que el estampido del cañon debía llegar retumbando por aquellas gargantas profundas hasta la misma Carolina. El general Dupont, anunció su cercana presencia al ejército, á fin de reanimar el valor de sus soldados, y decidiéndose en seguida á intentar un movimiento general á fin de tomar por asalto la posicion, recorrió el frente de sus tropas, mandó pasar por delante de las filas las banderas arrebatadas por la caballería al enc-

migo, y al aspecto de ellas, despertóse el ánimo de sus jóvenes soldados, los cuales prorumpieron en los entusiastas gritos de ¡Viva el emperador! Algunos oficiales, inspirados por el peligro, opinaron entonces, que lo mejor sería formarse en columna cerrada sobre la izquierda, cargar sobre un solo punto, sobre el que pudiese facilitar el paso hácia el camino de Bailen á la Carolina, ó sea hácia la division Vedel, y lograr de este modo la salvacion, resignándose á un sacrificio doloroso, mas necesario, al de abandonar los bagages que conducian nuestros enfermos. Pero el general Dupont, cuya ceguera no le abandonó un instante en aquellas fatales jornadas, desconoció la bondad de este consejo, y persistió en cargar de frente toda la línea de los españoles, como si hubiera tratado de desbaratar de un solo golpe su ejército entero. Dada que fué la señal de ataque, nuestras tropas se precipitaron en masa sobre el enemigo: habiendo sido empujadas con un horrible fuego así de fusilería como de metralla, su línea empezó á zozobrar y á deshacerse. Restableciéronla inmediatamente los oficiales, y lograron que volviese á avanzar mientras que el general Dupré, lanzándose con sus cazadores á caballo por los huecos de nuestra infantería, y dando el ejemplo con una vigorosa carga á la línea española por el centro de la misma, abrió en ella brecha, penetró en sus filas, y hasta llegó á apoderarse de algunos cañones, los cuales no pudo conducir á nuestro campo; mas cuando trató de proseguir mas adelante, vióse detenido por unas masas tan compactas é impenetrables, que le hicieron desesperar de poder introducirse ellas, y aquel infortunado general, des-

pues de hacer tan heroicos esfuerzos, fué derribado de su caballo, herido de una bala de cañon pedrero en el bajo vientre.

Era ya medio dia, y aquel combate tan desproporcionado contaba nueve horas de duracion. Casi todos los oficiales superiores habian sido muertos ó heridos. Los capitanes habian tenido que encargarse del mando de los batallones, y los sargentos primeros del de las compañías. Toda la artillería se hallaba desmontada. El general Dupont, desesperado y herido de dos balazos, queriendo atenuar sus anteriores faltas á fuerza de bravura, exigió á sus soldados una nueva prueba de abnegacion, y logrando volver á formarlos en línea, avanzaron sostenidos por el ejemplo de los marineros de la guardia imperial, los cuales prosiguieron portandose con la bizarría digna de su fama. Pero al llegar á la primera de las dos líneas enemigas, y despues de hacer un esfuerzo sobre ella, aterrados por el aspecto que ofrecia la inmovilidad de la segunda, regresaron otra vez á la entrada de aquella triste y fatal llanura, que no les fué dado atravesar. Un acontecimiento inesperado á la par que fácil de preveer, vino en aquel instante á poner colmo á su demoralizacion. Los regimientos suizos de Preux y Reding, cuya conducta al principio de la batalla fuera tan honrosa, empezaron á sentir un vivo disgusto de hacer fuego sobre los suizos y los españoles, compatriotas suyos los unos, y los otros compañeros de armas, y aun cuando veian al regimiento suizo-francés Freuler batirse á su lado con una extraordinaria fidelidad y bizarría, no resistieron por mas tiempo á sus simpatías ni á la mala fortuna, y á pesar de

los esfuerzos de sus oficiales, desertaron casi todos. Abandonado nuestro campo de batalla por mil seiscientos hombres, que se alejaron de él en breves instantes, no quedaban ya de los nueve mil soldados que entraron por la mañana en combate, mas que unos tres mil sobre el terreno. Mil ochocientos hombres, por lo corto, yacian en él muertos ó heridos por las balas; mil seiscientos acababan de pasarse al enemigo; y otros dos ó tres mil, estenuados de fatiga, y postrados por el calor y la disenteria, se habian echado al suelo arrojando las armas. En todos los ánimos reinaba la desesperacion mas honda. El general Dupont recorrió las filas desiertas de su ejército, y viendo en los semblantes de sus soldados señales inequívocas del dolor que á él mismo le devoraba, se convenció de que el último rayo de su esperanza estribaba en la llegada del general Vedel, y en esta atencion aguzó el oido á fin de escuchar si sonaban los cañonazos que indicasen su aproximacion. ¡Escuchó, empero en vano! Sobre aquella sangrienta y abrasada llanura, no resonaba ruido alguno, á escepcion de uno que otro tiro de fusil, mediante á que se habia cesado de combatir por ambas partes. De repente, y cuando empezaba á reinar el mas triste silencio, fué este interrumpido por fuertes detonaciones de artilleria. Mas ¡ay! nuevo motivo de desesperacion! aquellas detonaciones no se oian por la izquierda de nuestro ejército, sino á retaguardia, es decir, por el lado donde estaba el puente del Rumblar! Efectivamente: noticioso el general Castaños á las dos ó las tres de la madrugada de la evacuacion de Andújar por los franceses, mandó sobre la marcha en su persecucion el resto

de sus tropas á las órdenes del general Peña, el cual, con arreglo á la señal convenida, anunciaba su aproximacion al general Reding por medio de algunos disparos. Desde aquel momento todo estaba ya perdido para nosotros: los tres mil hombres que permanecian en las filas, los tres ó cuatro mil dispersos por el campo, los heridos, los enfermos, todos, en fin, iban á ser irremisiblemente hechos trizas entre los dos ejércitos de los generales Reding, y Peña, cuyas fuerzas reunidas debian formar un ejército de unos treinta mil hombres. Ante semejante idea el dolor del general Dupont llegó á su colmo, y no entrevió otro recurso de salvacion que el de entrar en capitulaciones con el enemigo.

Entre sus oficiales habia un tal Mr. de Villoutreys, caballerizo del emperador, el cual habia sido agregado á su cuerpo de ejército, en virtud de peticion dirigida por aquel á Bonaparte para que lo empleara en un servicio mas activo. El general Dupont escogió al mencionado oficial para que se dirigiese al campo del general Reding, á proponerle una suspension de armas. Mr. de Villoutreys atravesó aquella triste llanura, teatro de nuestras primeras desgracias, y llegando á presencia del mencionado general, le pidió á nombre de su gefe una tregua de algunas horas, apoyándola en lo fatigados de pelear que se hallaban ambos ejércitos. Gozoso el general Reding de haber concluido con los franceses, mediante á que con semejantes adversarios siempre era temible un cambio de fortuna, adhirióse sin dificultad á la preparacion de la tregua, bajo la condicion de que fuese ratificada por el general en gefe don Francisco Javier

Castaños, y suspendió entre tanto el fuego. Mr. de Villoutreys regresó en seguida cerca del general Dupont, y recibiendo de éste el encargo de dirigirse al encuentro del general La Peña, á fin de que se detuviese en el puente del Rumblar, marchó hácia el indicado punto, y encontró en él á las tropas del general español, cuyas guerrillas empezaban á tirotearse con el batallón de la guardia de Paris. El general Peña, menos dócil que el general Reding, y mas exaltado por las pasiones españolas, declaró, que por su parte se hallaba tambien dispuesto á acceder á la tregua, mas provisionalmente, y hasta tanto que se adhiriese á ella el general en gefe; anunciando ademas, que los franceses no obtendrian cuartel á menos que no se rindiesen á discrecion. El fuego cesó igualmente en el puente del Rumblar, y los franceses lograron, al fin, algun reposo en aquella fatal llanura, sobre la cual yacian mezclados tantos muertos y moribundos, donde reinaban un calor insufrible y un silencio espantoso, y en la que por ninguna parte se hallaba ni una gota de agua, á no ser en algunos fangosos charcos del barranco del Rumblar, cuya posesion se disputaban los soldados con violencia. Todo quedó, pues, en la mayor inmovilidad: en el un campo, sin embargo, reinaba la alegría y la mas honda desesperacion en el otro.

Asi que Mr. de Villoutreys regresó al lado del general en gefe, volvió éste á mandarle hácia el camino de Andujar al encuentro del general Castaños, á fin de recabar de él que ratificase la tregua, en la cual habian consentido sus lugartenientes. El infortunado general Dupont, cuya suerte habia sido tan brillante hasta entonces, se encerró en su

tienda tan abrumado por sus padecimientos morales, que se mostraba insensible al dolor físico que le causaban sus dos heridas. ¡Tan variable es la fortuna, asi en la guerra y en la política, como en todas las cosas de este mundo: mundo agitado, teatro cuyas decoraciones cambian á cada momento, donde la felicidad y la desgracia van encadenadas una con otra, y se suceden, y se borran, sin dejar en pos de una larga série de sensaciones contrarias mas que la nada y miserias! ¡Aquel mismo general Dupont, caminando á marchas dobles tres años antes, en socorro del mariscal Mortier, habia logrado salvarle en Diernstein. Aquellos eran, empero, distintos lugares, otros los tiempos, y otros los ánimos! ¡Era en diciembre, y en el Norte: los soldados que conducia eran soldados aguerridos, que rebosaban salud y vigor, escitados por lo riguroso del clima, en vez de verse abatidos por una temperatura abrasadora que enervara sus fuerzas, habituados á todas las vicisitudes de la guerra, exaltados por la honra, y dispuestos á no vacilar jamás entre la rendicion y la muerte! ¡Con aquellos soldados, si su posicion se hacia peligrosa por un momento, habia lugar para correr en su auxilio y salvarlos! ¡Luego la fortuna nos miraba aun con faz risueña, y todo lograba repararse: nadie llegaba tarde; nadie se equivocaba! y si tal sucedia, otro corregia su falta! ¡Al paso que en Bailen, en aquella España, donde se habia penetrado con tan malos auspicios, los soldados eran bisonos, débiles, enfermizos, y se veian abrumados por el clima, y estaban poco avezados á las privaciones y al sufrimiento! ¡La suerte empezaba ya tambien á volvernos las espaldas, y si uno se

engañaba otro agravaba el yerro: Dupont había llegado á tiempo de socorrer á Mortier en Diernstein: Vedel estaba destinado á no llegar en auxilio del general Dupont, sino cuando ya fuese tarde! ¿Qué hacia, pues, repetimos, el general Vedel, el cual no parecía, á pesar de hallarse tan solamente á la distancia de algunas leguas con sus dos divisiones, de las cuales hubiera bastado una sola para cambiar la suerte de aquella fatal jornada? Vamos á decirlo: el general Vedel se había engañado ya por dos veces, y á esta sazón estaba cometiéndolo su tercer yerro. Habiendo partido el 17 por la tarde de Bailen, llegado durante la noche á Guardroman, y vuelto á emprender la marcha el 18 desde este punto á la Carolina en persecucion del fantasma de un enemigo, que, segun se decia, trataba de apoderarse de los desfiladeros, llegó al fin á convencerse en este mismo dia, de que tanto él como el general Dufour iban corriendo en pos de una quimera. El presunto ejército español, que se había dirigido en masa hácia los desfiladeros á fin de interceptar su paso al ejército francés, se reducía á algunas guerrillas, que oficiales malos observadores y predisuestos á asustarse, habían creído copiosas tropas. Los destacamentos mandados á explorar el terreno en todas direcciones, los prisioneros á quienes se interrogara, y los paisanos á quienes se dirigieran preguntas con el mismo objeto, pusieron á los generales Dufour y Vedel al corriente de la verdad, y así que se convencieron de ella, formaron el proyecto de regresar inmediatamente á Bailen, porque á decir verdad, no era celo lo que les faltaba. El general Vedel, que era quien había partido el último de aquella

ciudad, y que por lo tanto, era tambien el que menos había avanzado hácia los desfiladeros, debía regresar el primero á ella. Mas con tantas idas y venidas había agotado las fuerzas de sus infelices soldados, los cuales habían recorrido sin comer y sin hacer descanso alguno las distancias que hay desde Bailen á Andújar, de Andújar á Bailen, y de Bailen á la Carolina, y era preciso, por ende, concederles para que tomaran aliento lo que restaba del dia 18. La frescura del sitio, y la abundancia de frutas, legumbres y toda clase de víveres que había en la Carolina, era en aquellos otra razon y muy poderosa, para decidirse á hacer alto. Además, las cureñas de la artillería rotas y descompuestas, á causa de lo escabroso de los caminos y de la sequedad, exigían tambien alguna reparacion. Agréguese á todo esto, en fin, que se ignoraba el triste secreto de los sucesos que acababan de ocurrir, y entonces no parecerá tan extraño el que se creyese que llegando á Bailen la mañana siguiente, se llegaba á tiempo. Y no hubiera sido tarde efectivamente, partiendo el 19 á las tres de la madrugada, mediante á que hubieran llegado á aquella ciudad á las once, cogido entre dos fuegos á Reding, y convertido la funesta jornada de Bailen en una nueva jornada de Marengo.

El dia 19 á las tres de la madrugada, los oficiales diligentes y celosos que se habían levantado antes que los demas para atender al cuidado de sus soldados, oyeron los estampidos de la artillería de Bailen, que iban retumbando de eco en eco hasta las gargantas mas profundas de Sierra Morena. Atribuyeron, no obstante, aquellos dis-

paros á las baterías de su general en jefe, porque á su juicio no podían proceder de otra parte, en atención á que solo su cuerpo de ejército quedaba en las márgenes del Guadalquivir á su salida hácia los desfiladeros. Mas, ¿cómo era posible que los disparos de la artillería del general Dupont á quien habían dejado al frente de los españoles en Andújar, fuesen los que se oían hácia la posición de Bailen? Ignoramos en lo que esto pudo consistir; pero lo cierto es, que llegaban á oídos de nuestras tropas repetidos cañonazos, y que el precepto siempre invocado, y tantas veces no cumplido, de «avanzar hácia donde el cañon resuena» no las permitió vacilar por mas tiempo. Habiendo emprendido la marcha, como pudieron y debieron haberlo hecho con el fresco de la mañana, nada hubiera sido mas fácil, caminando á buen paso, que llegar á buena hora para dar á las tropas enemigas el golpe decisivo. El general Vedel, empero, tan presuroso en tomar su resolución en las jornadas del 16 y del 17, manifestó en estos momentos una indecisión inesplicable, é invirtiendo dos horas en reunir su columna, no partió hasta despues de las cinco. El calor empezaba ya á sentirse á esta hora, y las tropas que marchaban reunidas á causa de la vecindad del enemigo, iban levantando un polvo que las ahogaba, y desbandándose frecuentemente para ir á beber en cuantas cavidades hallaban agua en su tránsito. Todo esto contribuyó á que no llegaran hasta las once de la mañana á Guarroman, punto situado á mitad de camino de la Carolina y de Bailen. A esta sazón, el combate que iba ya de capa caída, producía ecos menos sonoros, si bien se oía de vez en cuando el

estampido del cañon, ora mas claro, ora mas confuso, segun la direccion del viento.

El general Vedel á quien no es posible atribuir una mala intencion, mediante á que era, por el contrario, en extremo adicto al honor de las armas francesas; pero que, por una ceguedad semejante á la que obligara al general Dupont á persuadirse de que el peligro se hallaba únicamente en Andújar, se obstinaba en dudar y hasta en creer, que el ruido que se oía no era mas que un combate de las avanzadas sobre la orilla del Guadalquivir, se empeñó en no regresar á Bailen sin explorar completamente las gargantas de la sierra y sin asegurarse de que el enemigo no se hallaba en el camino trasversal que va desde Linares á desembocar en Guarroman, y á este fin, envió á reconocerlo un destacamento de caballería. Cuando este regresó era medio día ya. El estampido del cañon habia cesado de oirse, porque habia terminado la batalla de Bailen. El silencio producido por la derrota y por la desesperacion acabó de disipar las dudas del general Vedel, el cual acabó al fin por convencerse de que habia sido engañado. Sus tropas acababan en aquel momento de apoderarse de una piara de cabras, y considerando que la division no iba bien racionada, le dió dos horas para que hiciese un rancho. A las dos de la tarde volvióse á emprender la marcha, pero pausadamente, y sin impaciencia alguna, porque hácia todos lados reinaba el silencio mas profundo. Nuestros soldados desembocaron sobre Bailen á las cinco, y entonces fué cuando vieron que se hallaba esta ciudad en poder de los españoles. Sin presumir, empero, lo que acababa de suceder, creyóse que

el enemigo no habia hecho otra cosa que interponerse entre las divisiones Vedel y Dufour y el cuerpo de ejército del general Dupont. Merced á esta creencia, el general Vedel dejó á un lado sus indecisiones, y pretendiendo pasar á todo trance sobre el cuerpo de ejército de los españoles para ir á incorporarse con el general en jefe, se dispuso á atacar por el flanco derecho, punto por el cual creyó que podria abrirse paso hasta el camino de Andújar, y encontrar en él al general Dupont. En el instante mismo en que acababa de dar las órdenes para el combate, llegó á su campo un parlamentario español, á anunciarle que se habia estipulado una tregua. Rehusando el general Vedel dar crédito á sus palabras, despachó uno de sus oficiales al campamento del general Reding, para saber lo que habia de cierto sobre el particular, declarando que solo concedia el plazo de media hora, y que trascurrida que esta fuese, sin obtener contestacion, rompería irremisiblemente el fuego. Hecho lo cual continuó aprestándose para el combate, y visto que su emisario no regresaba en el aplazado término, atacó vigorosamente. Las tropas que avanzaban llenas de bizarría y de entusiasmo, arrollaron un batallon de infantería y lograron hacerlo prisionero. En seguida entraron los coraceros á la carga, é iban rompiendo y deshaciendo cuantas tropas enemigas se les ponian delante. Mas por quanto se le presentó de repente un grupo de oficiales españoles, entre los cuales descubrió á un ayudante del general Dupont, quien le traía orden de que mandase cesar el fuego, y de que repusiese las cosas en el mismo ser y estado en que momentos antes se hallaban.

Ante una orden tan terminante de su general en jefe, el general Vedel, á pesar de hallarse muy empeñado en el combate, se vió obligado á hacer alto. Mas era tal el poder de sus ilusiones, que todavia no acertó á comprender la estension de las desgracias del ejército, y llegó á figurarse que la tregua invocada para que cesase la lucha, no significaba otra cosa, sino que se habria entrado en negociaciones con el general Castaños, cuyo celo por la insurreccion habia ofrecido siempre algunas dudas en el ejército francés, y á quien se creia dispuesto, por tanto, á tratar con nosotros á la primera ocasion que se presentase.

Tal fué el modo que tuvo el general Vedel de emplear su tiempo durante la jornada del 19, y tal la manera como terminó aquella fatal jornada. Al saber los españoles la llegada de la division Vedel, apoderóse de ellos un temor, que tardó poco en convertirse en rabia, cuando llegó á su noticia que este general habia hecho prisionero uno de sus batallones. A consecuencia de esto, y suponiendo que la tregua pedida no habia sido mas que un pretesto para dar lugar á la llegada de las nuevas tropas y volver á empezar el combate así que pareciesen, querian pasar á cuchillo la division Barhou entera, y prorumpian al efecto en gritos tan frenéticos, que el general Dupont se apresuró á apaciguarlos, dando la orden que acabamos de referir. Aquella, sin embargo, era la ocasion única de renovar el ataque, y de lanzarse sobre la izquierda de los españoles, aprovechando el temor y la rabia de que se hallaban poseidos. El general Pryvé, que mandaba los dragones, propúsole así al general Dupont, indicándole al propio



tiempo las alturas por donde podria el ejército ir á incorporarse con la division Vedel. Pero este infortunado general, debilitado por los efectos de la misma enfermedad que habia invadido á gran parte de sus tropas, mortificado cruelmente por sus heridas, y participando del abatimiento general, se hallaba absorto en su tristeza profunda, y escuchó lo que le decia el general Pryvé sin responder palabra. Su desesperacion era tan grande, que hasta se puede presumir que no llegó á comprenderle (1).

Ambos ejércitos quedaron por la noche en el campo de batalla, esperando las negociaciones que habian de efectuarse á la mañana siguiente. Pero, en tanto que en el campamento de los españoles reinaba la abundancia, nuestros soldados carecian de todo, y pasaron la noche como habian pasado el dia; esto es, sin pan, sin agua, y sin vino. Aquellos que conservaban en sus mochilas algun resto de racion, fueron los únicos que pudieron tomar algun alimento.

A la siguiente mañana, el 20, Mr. de Villou-treys, que habia sido enviado al cuartel general español á fin de que se ratificase la tregua, regresó anunciando que el general Castaños se hallaba dispuesto á entrar en negociaciones sobre bases equitativas, y que, á este efecto, iba á trasladarse á Bailen. El general Dupont creyendo conveniente valerse en semejantes circunstancias del célebre general de ingenieros Marescot, que se halla-

(1) Todos estos pormenores están extractados del voluminoso proceso, tan reservado como curioso, instruido contra el general Dupont desde 1808 á 1811.

ba accidentalmente en su ejército de paso para ir á desempeñar una comision á Gibraltar, y el cual habia conocido mucho al general Castaños en 1798, le mandó llamar, y le estrechó á que interpusiese su influencia con el general español para obtener mejores condiciones. El general Marescot, que se sentia por su parte asaz poco propenso á negociar y firmar una estipulacion que no podia ser ventajosa, rehusó en un principio la mision que queria confiársele; cediendo despues, empero á las instancias del general en jefe, consintió en dirigirse al cuartel general español.

Para llegar al punto donde á la sazón se hallaba el general Castaños, era preciso tomar el camino de Andújar y atravesar por entre los soldados de la division del general Peña. El general Marescot encontró á aquel general en el puente del Rumblar, en estremo irritado, vomitando amenazas, quejándose amargamente de los movimientos presuntos que hacia el ejército francés para escaparse, diciendo que tenia plenos poderes para negociar, exigiendo que todas las divisiones francesas se rindiesen inmediatamente á discrecion, y declarando, que, si no obtenia una respuesta dentro de dos horas, iba á atacar y á hacer trizas á la division Barhou. Para detener los impetus del general Peña, el general Marescot, se vió precisado á prometerle que obtendria en el término prefijado la contestacion apetecida, y regresó sin perder momento á referir estos tristes pormenores al general Dupont.

Al oír el general en jefe del ejército francés semejante noticia, exclamó lleno de rabia, que preferia mil veces el dejarse matar con el último

de sus soldados á rendirse á discrecion. Y así diciendo, convocó en torno suyo á todos sus generales de division y gefes de brigada, para preguntales si podia contar aun con su abnegacion y con la de sus soldados. Respondiéroule, empero, casi todos que sus tropas estaban estenuadas de hambre y de fatiga, completamente desanimadas, y que ya no querian batirse. El general Dupont, deseando convencerse de esta triste verdad por sí mismo, salió de su barraca, recorrió los vivaques con sus lugartenientes y trató de reanimar el valor abatido de sus jóvenes reclutas. Seguramente que los aguerridos soldados del Egipto ó de Santo Domingo no hubieran permanecido sordos á su voz. ¡Pero qué podia esperarse de unos muchachos de veinte años, postrados por los calores excesivos, estenuados á causa de no haber comido ni bebido durante treinta y seis horas, abatidos al verse colocados entre dos fuegos, y reducidos á tener que batirse en la proporcion de uno contra cinco! Antes bien por el contrario, se quejaban amargamente de haber sido sacrificados por sus generales, y algunos llevaron su desesperacion hasta el estremo de arrojar á presencia de ellos sus armas y sus cartuchos. El general Dupont, lejos de hallarse capaz en aquel momento de reanimar el ánimo de los demas, necesitaba mas bien que reanimasen el suyo, y regresó á su barraca consternado. Los oficiales mismos que mas bizarramente se habian conducido el día anterior, declaraban que la situacion no podia ser mas estremada, y sostenian que, despues de haber combatido con tal valor, aun se podia capitular de una manera honrosa. Olvidábanse, sin duda, de que los últimos actos bor-

ran siempre los precedentes, y que los últimos son los que sirven para formar juicio. En cualquiera otra situacion, sin el general Vedel á la izquierda, ciertamente que su capitulacion hubiera sido excusable, puesto que ningun otro recurso les quedaba que el hacerse pasar á cuchillo, recurso que en ocasiones suele producir tambien buenos resultados. Pero, teniendo al general Vedel á su izquierda, y la probabilidad de incorporarse á su division haciendo un último esfuerzo, era indisculpable su rendicion antes de intentarlo. Semillante debilidad solo puede esplicarse por su abatimiento moral y por su postracion fisica. Verdades, que se lisonjaba con la idea de que los españoles se contentarian con la evacuacion de la Andalucia por las tropas francesas, y con la de que se les permitiria retirarse por tierra al Norte de España, sin exigirles la condicion de ser desarmados. En esta atencion, decidiéronse á entrar en negociaciones con el enemigo, en lugar de volver á empezar un combate, que, á su juicio, era de todo punto imposible.

El infortunado general Dupont, impelido por la indisciplina y desmoralizacion universal del ejército, cedió al fin, dando sus poderes al general Chabert, que fué el preferido por la bizarría con que se habia portado la vispera, atacando á la cabeza de su brigada. El general Marescot se obstinó en no aceptar otra mision que la de acompañar, aconsejar, y apoyar al general Chabert. Mr. de Villoutreys, que habia sido ya varias veces portador de algunas proposiciones á los gefes del ejército español, fué tambien elegido para acompañar á los generales Marescot y Chabert.